

Los diez duros. Por Santiago Gil

viernes, 21 de marzo de 2008

Modificado el jueves, 08 de mayo de 2008

LOS DIEZ DUROS

Por Santiago Gil

No nos acordamos de nuestros primeros pasos, pero sÃ- de nuestro primer amor y de todos aquellos estrenos que han ido marcando el destino de nuestra existencia. Yo, por ejemplo, recuerdo cada Jueves Santo el primer sueldo de mi vida. Fue despuÃ©s de misa, hace mÃ¡s de treinta aÃ±os. Cobramos diez duros por dejarnos lavar los pies en una funciÃ³n religiosa con la iglesia de GuÃ-a totalmente atiborrada y con todo el boato de don Bruno y el sacristaneo de los meapilas de aquellos aÃ±os.

LOS DIEZ DUROS

MÃ³sica de PapagÃ©vos II

Santiago Gil

No nos acordamos de nuestros primeros pasos, pero sÃ- de nuestro primer amor y de todos aquellos estrenos que han ido marcando el destino de nuestra existencia. Yo, por ejemplo, recuerdo cada Jueves Santo el primer sueldo de mi vida. Fue despuÃ©s de misa, hace mÃ¡s de treinta aÃ±os. Cobramos diez duros por dejarnos lavar los pies en una funciÃ³n religiosa con la iglesia de GuÃ-a totalmente atiborrada y con todo el boato de don Bruno y el sacristaneo de los meapilas de aquellos aÃ±os. Nosotros hubiÃ©semos pagado por estar donde estÃ;bamos, y de hecho habÃ-a que pelotearse durante semanas al Ã-nclito don Bruno para que te seleccionara en ese equipo de privilegiados del que estaba pendiente todo el pueblo. El resto de los dÃ- de Semana Santa lo que valÃ-a era la ropa de monaguillo para coger el incensario o cualquiera de las palmatorias que ponÃ-an la penumbra y el olor a cera en las procesiones. Yo conseguÃ- mi puesto de apÃ³stol gracias a Manolo el sacristÃ;n. No tenÃ-a nada que ver con don Bruno. Era un hombre bonachÃ;n y relajado que yo creo que iba por la iglesia para darle rienda suelta a su vena artÃ-stica tocando el Ã³rgano y cantando canciones en latÃ-n. Ser elegido apÃ³stol era garantizarte diez duros de los de entonces para golosinas y dulces en el quiosco de DoÃ±a MarÃ-a o en la dulcerÃ-a de Milagritos que estaba justo al principio de aquella calle de adoquines y escaleras que uno cree haber encontrado luego en Lisboa, una calle de fados y de sombras que una y otra vez aparece en mis recuerdos de infancia o en las carreras casi suicidas camino del barranco.

Los diez duros, que eran unas monedas de empaque, pesadas y enormes, nos los daba don Bruno cuando acababa la misa y ya habÃ-amos colocado en los roperos que estaban a la entrada de la subida del camerÃ-n las grotescas ropas de monaguillo con las que nos disfrazaban de san Juan , san Pedro o san Felipe. El agua estaba helada, pero a uno le daba igual el frÃ-o cuando pensaba en la milhojas o en la decena de sobres de estampas que podrÃ-amos agenciarnos con los diez duros. No sÃ© si los curas se creÃ-an que estÃ;bamos allÃ- por devociÃ³n. AllÃ; ellos con sus sus creencias. Entonces estÃ; claro que uno no se atrevÃ-a a cuestionar los dogmas; ni tampoco sabÃ-amos que hubiera vida inteligente mÃ¡s allÃ; de los cielos y de los infiernos. Pero aun asÃ- sÃ- tenÃ-amos claro el interÃ©s de la parafernalia. Ya el Viernes Santo sabÃ-amos escaparnos a tiempo del sermÃ³n de las Siete Palabras y aparecer por la iglesia sÃ³lo cuando iban a salir las imÃ;genes de LujÃ;n PÃ©rez en procesiÃ³n. No valÃ-a la pena aguantar aquellos plÃ³mbeos, aburridos e interminables sermones de don Bruno para ir detrÃ;s de los santos. Lo que hacÃ-amos era meternos entre los tronos, acercarnos el agua a los cargadores y mirar con cara de pasmados los rostros sufrientes de La Dolorosa o del Cristo de la Columna. Uno, en GuÃ-a, sÃ- es verdad que se siente afortunado de haber podido gozar de un arte tan sublime desde niÃ±o. Nos pusieron el listÃ³n muy alto. No me queda nada de la religiÃ³n de entonces, casi todo falacia y martirilogio, pero sÃ- es verdad que mis cÃ;nones y mis conceptos de belleza sÃ- quedaron marcados por la genial imaginerÃ-a de LujÃ;n.

Ahora te pagan y no ves nunca el dinero, y cuando te lo dan contante y sonante te quedas traspuesto y mirando a los celajes por la poca consistencia de las monedas o por el trasluz tan poco romÃ;ntico de los billetes. Aquellos diez duros que nos daban entonces, moneda bruta y enorme donde la hubiera, sÃ- era una recompensa aceptable que pesaba en tu bolsillo y dibujaba un gesto de asombro entre los amigos que no habÃ-an tenido la fortuna de haber sido elegidos como apÃ³stoles. Yo fui apÃ³stol por lo menos una vez en mi infancia. Eso es algo que no puede decir todo el mundo. Y cobrÃ© de aquellas monedas nada virtuales y manejables que yo creo que gastabas sobre la marcha para no tener que cargar mÃ¡s de un dÃ-a. Lo material tenÃ-a otro valor en aquellos aÃ±os, y sÃ³lo me basta recordar tambiÃ©n las llaves enormes de las casas de mis abuelas. Se presumÃ-a de que las puertas no se cerraban nunca, pero yo creo que no lo hacÃ-an para no tener que estar cargando en los bolsillos aquellas llaves parecidas a las que llevaba San Pedro cuando

salí-a en procesión por La Atalaya. Hoy quiero celebrar el aniversario de ese primer sueldo apostólico que gasté en milhojas, caramelos, cornetos y masticables. Me pagaron por lavarme los pies, sólo por eso. Luego he podido cobrar mucho más dinero por los diferentes trabajos que he ido realizando a lo largo de mi vida. Pero nunca fue tan fácil ganar monedas como entonces, ni tampoco he vuelto a notar la recompensa con el mismo peso y el mismo tacto de aquella vez. Ahora supuestamente también cobro, pero sólo lo veo en la pantalla de un ordenador. Entonces no sólo cobraba con más peso. También lo que ganaba me lo gastaba en los quioscos de golosinas o en aquellas dulcerías que olían siempre como uno sabía que debía oler el paraíso.

21 de marzo de 2008.

IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL

Diseño gráfico de José Miguel Valdivia.